



Lectura

3.º de Primaria

La bicicleta de nadie

Un cuento para leer sin preguntas detrás.



La bicicleta llevaba dos inviernos atada a la farola de la esquina.

Era azul debajo del óxido, tenía una rueda deshinchada y le faltaba el sillín.

Nadie sabía de quién era. Nadie se la llevaba. Nadie la arreglaba.

Un sábado por la mañana, Marta se paró delante y la miró como se mira una cosa que lleva mucho tiempo esperando.

—Yo creo que todavía anda —dijo.

—Está rota —contestó su hermano Iván, que la había visto mil veces sin mirarla ninguna.

—Rota no. Estropeada. No es lo mismo.

Aquella tarde volvieron con una bomba de aire, un destornillador y un cepillo viejo.

La rueda cogió aire y aguantó.

El óxido salió con paciencia y con bastante agua.

El sillín no apareció por ninguna parte, así que Iván trajo uno de la bicicleta que se le había quedado pequeña.

El candado fue lo difícil.

—Habría que cortarlo —dijo Iván.

—Ni hablar —dijo Marta—. No es nuestra.

Así que hicieron otra cosa. Escribieron un cartel y lo ataron al manillar:

«Esta bicicleta funciona. Si es tuya, dilo en el número 7. Si no es de nadie, dentro de un mes será de quien la necesite.»

El cartel estuvo colgado treinta días.

Se mojó dos veces y lo volvieron a escribir dos veces.

Nadie llamó al número 7.

El día treinta y uno, Iván bajó con una sierra pequeña que le prestó su tío.

Cortaron el candado entre los dos, y les costó más de lo que pensaban.

La bicicleta se movió por primera vez en dos años. Chirrió un poco, pero se movió.

—¿Y ahora qué? —preguntó Iván—. ¿La usamos nosotros?

Marta negó con la cabeza.

—Nosotros ya tenemos.



La dejaron apoyada en la misma farola, sin atar, con un cartel nuevo:

«Funciona. Es de quien la necesite. Cuando no la necesites, déjala aquí.»

El lunes la bicicleta no estaba.

El jueves apareció otra vez, apoyada en la farola, con la cadena engrasada y un timbre nuevo que nadie les había puesto.

Marta y su hermano se miraron.

—Alguien la ha usado —dijo Iván.

—Alguien la ha cuidado —dijo Marta.

Desde entonces la bicicleta va y viene.

A veces está y a veces no.

Cuando vuelve, casi siempre trae algo arreglado que antes no lo estaba.

Y en el barrio ya nadie dice «la bicicleta rota».

Dicen «la bicicleta de nadie», que es otra cosa, y suena mucho mejor.